

que en la vigilia de la Ascensión, en 1857, poco después del medio día, se le presentó una mujer natural de Huete, pidiendo que la confesara, porque deseaba participar de la comunión general que debía darse al día siguiente en celebración de la octava de la Virgen del Perpetuo Socorro.

Después de la confesión encargó al sacerdote que pusiera bajo el amparo de la Virgen á un hijo suyo de siete años que había perdido la vista.

—¿Pero tiene usted fe en Nuestra Señora del Perpetuo Socorro?—la preguntó el sacerdote.

—¡Oh, sin duda!

—Porque sin fe es inútil pedir á la imagen esa curación.

La mujer, llena de fervor, contestó:

—¡Tengo puesta mi esperanza en la divina Señora!

—Pues ore usted con su hijo al pie de su altar pidiéndola lo que desea.

Hízolo así, llevando de la mano al ciegucecito, y rodeada de varias amigas.

El niño, por consejo de su madre, oró también con fervor, exclamando con infantil sencillez:

—¡Virgen del Socorro, ponedme buenos los ojos!

Acababa de pronunciar estas palabras cuando volvió á exclamar sobrecogido:

—¡Madre, madre, ya veo!... ¡Veo la imagen de la Virgen!... ¡La veo á usted misma... y todo cuanto me rodea!

La buena mujer, derramando lágrimas de reco-

nocimiento, después de dar gracias á la Virgen, salió de la iglesia, publicando el milagro.

---

¿Cabe más que dar vista á los ciegos, no siendo el mismo Jesús?

Pero ¿hay algo imposible para su Madre?

El hecho siguiente prueba que no, cuando la Santa Virgen ve que son dignos los corazones que la imploran.

En la ciudad de Chicago, en la América del Norte, vivía un pobre niño que excitaba la compasión de cuantos le veían.

Estaba privado de movimiento, del oído, de la vista y hasta de la facultad de hablar.

La madre le había presentado á los médicos más célebres de la localidad, quienes declararon que la ciencia era impotente en aquel caso; una buena voluntad no podía más que dejarle morir.

La madre estaba desesperada.

Asistía diariamente á una agonía horrible y feroz, por larga y por dolorosa.

Desesperanzada de todo remedio humano, recurrió á la panacea divina.

Un día se presentó á un sacerdote redentorista, diciéndole:

—Padre, ¿qué me aconseja su merced?

—Que implore usted de todo corazón á la Virgen del Perpetuo Socorro; es el único medio que la resta para salvar á su hijo.

La madre, obedeciendo la indicación, resolvió hacer un devoto novenario á la Virgen, pidiéndola la salud de su hijo.

Al efecto le colocó en el cuello una medalla con la efigie de aquélla.

Habían pasado ya tres meses.

El sacerdote regresó á Chicago después de aquella ausencia.

Caminaba en cierta ocasión por una calle, completamente distraído, cuando oyó una voz que le llamaba.

Volvió la cabeza, viendo á una mujer que se le acercaba muy gozosa.

—¿No me conoce usted ya?—preguntó.

—No tal... y aun dudo que la haya visto alguna vez.

—¿No recuerda usted á un pobre niño impedido de todos sus remos y de la mayor parte de sus órganos, cuya salud, por consejo de usted, pedí á la Virgen del Perpetuo Socorro, única, á su juicio, que podía curarle.

—En efecto... sí... me parece...

—Pues aquí tiene usted al mozo, que le agradece como yo el consejo; ya anda, ve, oye y habla...

El sacerdote vió á su lado á un muchacho sano y robusto, que asía su mano derecha para besársela.

Entonces, volviéndose hacia la dichosa madre, la dijo:

—¡En verdad que el milagro es de los más extra-

ordinarios y dignos de publicarse! ¡Nunca agradecerá usted bastante á la Virgen del Perpetuo Socorro lo que ha hecho por esta pobre criatura!

---

Pero, ¿á qué seguir?

Llenaríamos muchas páginas, poniendo ejemplos que demuestran una verdad muy probada.

Además, la Virgen no necesita que nos convirtamos en panegiristas de su poder y de su gloria.

Muchos prodigios ha hecho la augusta Señora bajo otras advocaciones; pero si bien se examinan, bajo la del Perpetuo Socorro todos los que resultan son admirables y sorprendentes.

Recuerdan los milagros que hizo Jesús en Galilea.

No es, pues, extraño que su devoción vaya cada día en aumento, y que sus admiradores, valiéndonos de una frase bíblica, sean tan numerosos «como las estrellas del cielo y las arenas del mar.»

---

## CONCLUSIÓN

---



N 23 de Mayo de 1871 se fundó canónicamente, en honor de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, una hermandad, que fué elevada á archicofradía en 31 de Marzo de 1876, por el venerable pontífice Pío IX.

La enriqueció con muchos privilegios é indulgencias, y su festividad se fijó en el domingo precedente á la de la Natividad de San Juan Bautista.

Desde entonces también la devoción y el culto de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro se han extendido por el mundo con una rapidez y fervor admirables.

En Italia, en Francia, en Inglaterra, en Bélgica, en España y en América, existen hoy más de seiscientos santuarios, donde la Virgen es el objeto de la más tierna devoción y del más ferviente entusiasmo, que nunca se apagará.

FIN

CONCLUSIONES



